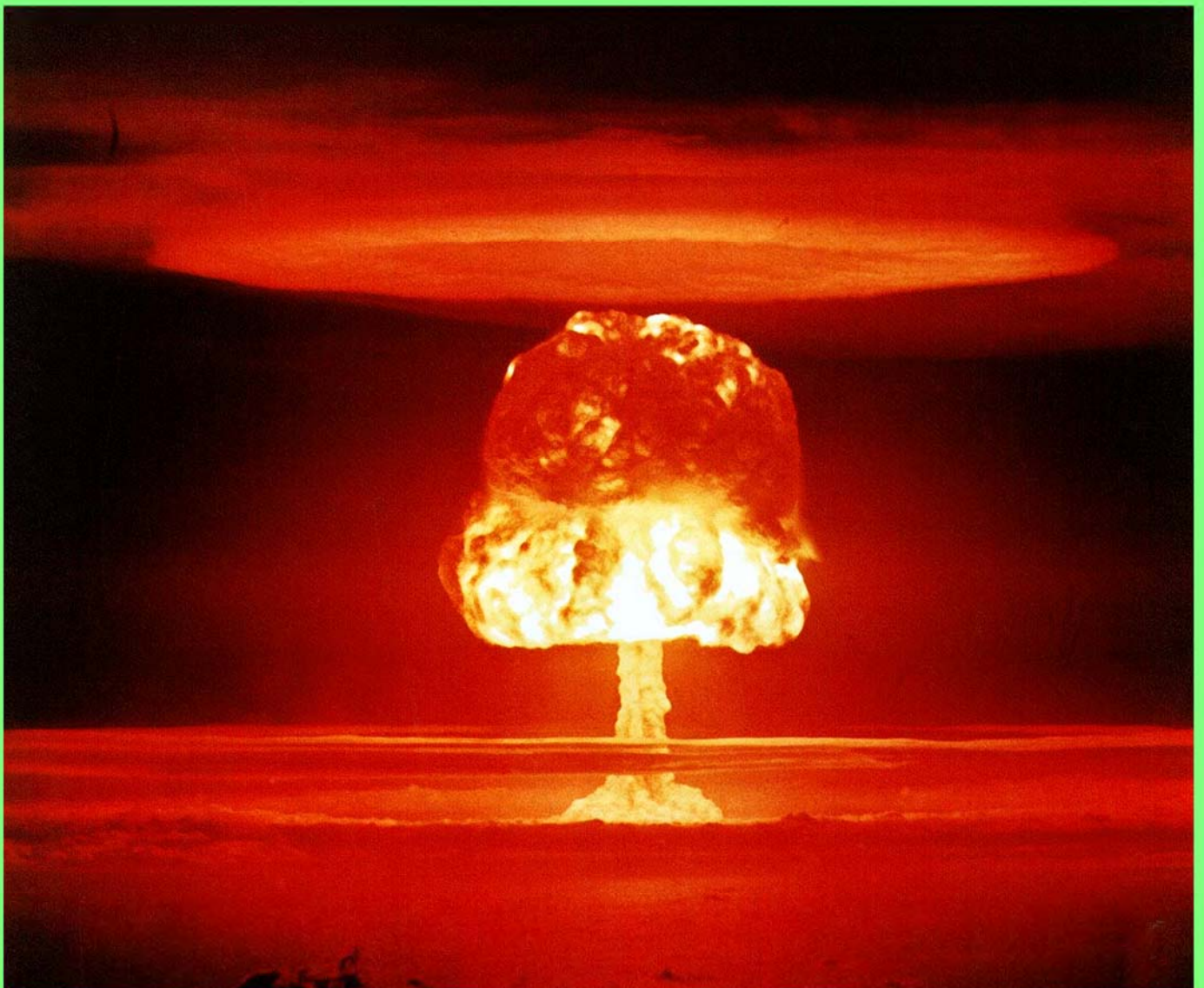


DESPUÉS DE LA HORA FINAL

José Carlos Canalda



ÍNDICE

PRESENTACIÓN	2
EL ÚLTIMO ESCRITOR	3
LA ÚLTIMA ESPERANZA	9
ORA ET LABORA	20
RÉCORD GUINNESS	30
LA ÚLTIMA HISTORIA DE AMOR	31
POSTERIDAD	33

PRESENTACIÓN

Lo reconozco, los relatos post apocalípticos nunca han sido santos de mi devoción, sobre todo cuando el marco en el que se desarrollan resulta ser poco o nada verosímil tanto desde el punto de vista científico como desde el sociológico... lo cual, por desgracia, suele ser lo más frecuente, aunque también hay excepciones tan notables como *Cántico a San Leibowitz*, de Walter M. Miller

No obstante, dentro del conjunto de mis cuentos se pueden encontrar algunos, aunque pocos, que se ciñen a estos parámetros... no siempre tomándome los demasiado en serio.

Diferencio, eso sí, los relacionados con el fin del mundo, o el Juicio Final, que tienen su propia sección, y los que se enmarcan en un escenario postapocalíptico propiamente dicho, en el que los supervivientes de la catástrofe, sea de la índole que sea, luchan por sobrevivir en un mundo que de repente se ha vuelto hostil.

José Carlos Canalda

EL ÚLTIMO ESCRITOR

Fundido así con todos aquéllos que le habían precedido en su tránsito, el nuevo ser conoció sin necesidad de ninguna explicación la más profunda y trascendente verdad del universo: Acceder a la totalidad absoluta de los conocimientos, ser consciente de la realidad más rotunda de tus deseos, tus anhelos y tus esperanzas, lejos de constituir un premio resulta ser, muy al contrario, el más atroz, cruel y definitivo de todos los imaginables castigos.

Lanzando un profundo suspiro mezcla a la vez de lamento y satisfacción, pulsó finalmente la tecla que ordenaría al procesador grabar el último fragmento de su recién concluida novela. Podría haberlo dictado de propia voz al sofisticado aparato, pero prefería recurrir al obsoleto teclado dado que éste le permitía un contacto más íntimo con lo ya escrito... O, al menos, así le parecía; porque, en el fondo, él no dejaba de ser un sentimental. Además, ¿a quién le iba a preocupar de qué manera lo hiciera?

Un ligero zumbido le advirtió que el ordenador estaba preparado para imprimir el texto. Autorizó a hacerlo a través del terminal y, apenas unos minutos después y merced a los milagros de la técnica, tenía ante sus ojos un tomo ya encuadernado que tomó con sus manos con la delectación de quien acoge a un nuevo hijo. Incorporándose entonces de su asiento abandonó renqueando la sala guardando bajo el brazo el preciado libro. Tras cruzar un corto e iluminado pasillo penetró finalmente en una amplia biblioteca cuyas paredes se mostraban completamente abarrotadas de libros. Con paso cansino pero decidido se dirigió hacia una de las estanterías, justo aquélla que albergaba los libros más preciados para él: sus propias obras. Allí colocó el volumen recién terminado y, tras acariciar amorosamente con la mirada los frutos de toda una vida, se retiró rápidamente de un lugar que le inspiraba sentimientos encontrados de satisfacción y dolor.

Y lloró. Lloró de alegría por la obra acabada, pero lloró también de angustia por no poderla dar a conocer, por verse obligado a enterrarla en una biblioteca en la que dormiría, junto con el resto de sus compañeras, el sueño eterno de las obras desconocidas, de las obras que jamás han conseguido llegar a salvar la férrea barrera de la incomunicación que es como decir la enfermedad más mortal que puede aquejar nunca al arte.

“¿Cuántas obras maestras se habrán perdido en la noche de los tiempos por no haber llegado a tener la humanidad la menor conciencia de ellas!” -se dijo con amargura. Pero de nada le serviría lamentarse, de nada le serviría tampoco siquiera pensar en ello. Las cosas eran así y, por mucho que le pesara, así continuarían siéndolo.

Retornando al pasillo anterior dejó atrás la sala de ordenadores encaminándose directamente a la cabina del ascensor que, remontándole un buen puñado de metros por el interior de las entrañas de la tierra, acabó dejándole en un breve vestíbulo que le condujo finalmente a lo que él llamaba eufemísticamente el mirador... Aunque en realidad no era sino una prosaica casamata de vigilancia, apenas una protuberancia que emergía sobre el terreno a modo de observatorio de la ciudad subterránea, una ciudad que había sido pensada para un número relativamente elevado de habitantes a pesar de que él era, desde hacía muchos años -tantos que había perdido la cuenta-, la única persona que la habitaba. Esto hacía que su soledad, ya de por sí dura y abrumadora, se fuera poco a poco tornando en más y más ominosa.

Suspirando una vez más se instaló en su sillón preferido, aquél que él mismo instalara hacía ya tanto tiempo frente al amplio ventanal protegido por gruesos vidrios blindados. La vista, dilatada sin obstáculos de ningún tipo hasta las lejanas y azulencas montañas que se alzaban cerrando el lejano horizonte, mostraba el sempiterno paisaje al que sus ojos estaban tan acostumbrados a contemplar: Una vasta y estéril llanura salpicada aquí y allá por los descarnados esqueletos de varios antiguos árboles erguidos en su miseria en mitad del yermo terreno, un terreno carente por completo de vida y alterado tan sólo por las feroces ráfagas de viento o por los diversos meteoros. Aquel espantoso desierto había sido antaño una región fértil y prácticamente virgen de intervenciones humanas hasta que llegó el día en el que la hecatombe nuclear acabó hasta con el último vestigio de vida en el planeta. Libre de explosiones directas -la bomba más cercana había estallado a mil kilómetros de distancia de allí- pero herida de muerte por el subsiguiente invierno nuclear y el emponzoñamiento radiactivo que envolvió a todo el planeta con su mortal manto, la que fuera durante milenios una paradisíaca región había venido a convertirse en un yerto desierto en el que ni tan siquiera las más resistentes alimañas eran capaces ya de medrar.

La humanidad no había sido ciertamente ninguna excepción y, salvo un pequeño puñado de escogidos -que hubieran sido afortunados o desgraciados era una cuestión que él, a tantos años vista, no tenía ya nada clara-, toda ella había tenido ya su Juicio Final. En cuanto a él, su propia salvación -o condena- se había producido gracias a un asombroso cúmulo de casualidades: Recién incorporado al servicio militar había sido destinado por sus superiores al proyecto Arca de Noé, el cual preveía la construcción y mantenimiento de un refugio atómico secreto que albergaría a la cúpula gobernante de su país en el caso de que llegara a estallar algún día la tan temida conflagración nuclear. Claro estaba que él, un simple soldado, era ignorante por completo de la verdadera naturaleza de la instalación militar a la que pertenecía y que, al igual que la totalidad de sus compañeros, creía una simple estación de seguimiento de satélites ubicada en uno de los rincones más remotos y apartados del país.

Estadísticamente, la guerra atómica tenía muy pocas probabilidades de ocurrir; pero sin que se alcanzara nunca a saber muy bien por qué, lo cierto era que ocurrió. Un buen día llegaron apresuradamente a aquel perdido lugar, precedidos apenas por las funestas noticias surgidas de todas las partes del globo, todos aquellos personajes que constituían la cabeza rectora de la nación, públicos y conocidos los unos e ignorados y grises, aunque no por ellos menos importantes los otros; supo entonces de la existencia del refugio del cual su unidad era una simple tapadera; supo también que su destino era quedar aislado del resto del mundo, encerrado en el lugar más seguro del planeta en unos momentos trágicos en los que la hoguera atómica arrasaba a sangre y fuego la totalidad del solar humano.

La guerra sería rápida ya que apenas llegó a durar unos cuantos días, pero sus terribles secuelas habrían de marcar, quizá ya para siempre, al torturado planeta antaño conocido con el nombre de Tierra. Recién apagada la última deflagración atómica, empapado el ambiente de mortífera radiactividad pero a salvo ya la ciudad refugio de un impacto directo que pudiera llegar a destruirla, los responsables de la operación Arca de Noé se apresuraron a contactar con el resto de las instalaciones militares que constituían, junto con ellos mismos, la red secreta de emergencia nuclear prevista como embrión a partir del cual se habría de poner en marcha la reconstrucción de las estructuras del país. Sin embargo, su sorpresa fue mayúscula cuando pudieron comprobar, primero con estupor para acabar finalmente cayendo en una total desesperación, que ellos eran, al parecer, los únicos supervivientes de todo el país, los únicos cuanto menos que emitían al éter unas desesperadas llamadas que no conseguían encontrar la menor respuesta...

Pero había más aún: No sólo el país permanecía preocupantemente mudo sino que, asimismo, todos los estados aliados e, incluso, las naciones neutrales mantenían un silencio absoluto. Lo mismo ocurría con las potencias del bloque enemigo y, en general, con la totalidad del planeta; por más esfuerzos que hicieron los técnicos de comunicaciones de la colonia, no consiguieron arrancar a sus equipos el menor sonido que pudiera indicar la existencia de emisiones moduladas de radio o televisión, lo que ciertamente no contribuía a augurar nada bueno. Abrumados por tan oscuros presagios, los responsables del gobierno de la pequeña comunidad se aprestaron a fletar la completa flotilla de aparatos que, equipados para desenvolverse en un ambiente impregnado de radiactividad sin que esto supusiera el menor riesgo para sus tripulantes, permitirían explorar todo el orbe a los intranquilos refugiados en busca de otros supervivientes con los que poder compartir la tragedia.

La búsqueda resultó ardua y difícil y, para desesperación de todos, completamente infructuosa. Meses después de la conclusión del conflicto, podían tener ya la certeza prácticamente segura de que en esos momentos su pequeña comunidad era el último y único superviviente de la otrora nutrida y ahora extinta especie humana; porque absolutamente todos los demás habitantes del planeta, sin distinción de razas ni

nacionalidades, habían sido víctimas del holocausto nuclear bien directamente a causa de las explosiones nucleares, bien indirectamente debido a sus nefastas secuelas. Más sorprendente aún resultaba el hecho de que ninguna de las distintas ciudades refugio que, similares a las suyas, existían en los diferentes países, hubiera podido sobrevivir a la catástrofe; pero la realidad era terca y se empeñaba en sancionar la evidencia de la peor de las circunstancias posibles: Estaban solos, espantosamente solos, refugiados en las entrañas de un planeta emponzoñado y privado, quizá ya para siempre, del menor vestigio de vida tanto animal como vegetal, terrestre o marina, racional o irracional.

Al conocer su situación en toda su magnitud, fueron muchos los que se dejaron llevar por la desesperación envidiando el destino de todos aquéllos que habían tenido la suerte de no sobrevivir al infierno que ellos mismos habían contribuido en mayor o menor medida a crear. Fueron tiempos difíciles en los que tan sólo la férrea voluntad de unos pocos y la aplicación de una disciplina draconiana impidieron el colapso definitivo de la colonia; restablecido mejor o peor el orden y convencidos los supervivientes de la gran responsabilidad recaída sobre sus espaldas al ser los únicos representantes vivos de toda la humanidad, pudieron al fin comenzar a establecerse los primeros y forzosamente tímidos planes para el futuro más inmediato. Su madriguera era no sólo perfectamente segura frente al ambiente hostil del exterior, sino también autosuficiente por completo al tiempo que capaz de mantener indefinida y cómodamente a sus habitantes; dotada de los más sofisticados avances técnicos, disponía de reservas energéticas para varios siglos -que por una cruel ironía del destino procedían de los mismos átomos que habían arruinado el planeta- al tiempo que contaba con ciclos cerrados y perfectamente regenerables de producción de alimentos, agua potable y aire respirable. La colonia estaba formada por varios centenares de individuos de ambos sexos muchos de ellos en edad de procrear, lo que haría factible un crecimiento controlado de la población de la misma hasta que las circunstancias permitieran en un futuro el retorno a la desierta superficie del planeta.

Una idea quedaba meridianamente clara para la inmensa mayoría de los refugiados: Tenían que garantizar, por encima de todo, la perpetuación de la especie humana, y no cejarían en su empeño por conseguirlo. Una vez que pudieran habitar en el exterior -algo que no tendría lugar, en el mejor de los casos, sino hasta pasadas varias generaciones- podrían reconstruir una somera ecología merced a los animales y plantas en parte vivos, en parte conservados en forma de embriones congelados, de que disponía la colonia. Y en cuanto a la conservación del acervo cultural, cuestión ésta no menos importante ya que absolutamente nadie deseaba ver a sus descendientes reducidos a la barbarie, ésta estaba garantizada, al menos en buena parte, merced al importantísimo archivo del que estaba provisto el refugio. El futuro de sus habitantes, pues, si bien prometía ser muy duro, no por ello dejaba de ser esperanzador si no para ellos, sí para sus descendientes.

Pero el azar, el siempre impredecible azar, habría de encargarse de truncar una vez más tan ambiciosos planes. Varios años después de ocurrida la catástrofe, la pequeña colonia se había habituado ya a lo que a partir de entonces sería su cotidiana rutina, habiendo nacido, incluso, varios niños que comenzaban a asegurar el futuro de la humanidad. Mas un buen día se produjo la primera baja al fallecer súbitamente una persona; se trataba de uno de los soldados de la antigua guarnición, un hombre joven y fornido que había gozado hasta entonces de una excelente salud sin experimentar nunca el menor atisbo de enfermedad. Hecha la autopsia al cadáver los médicos fueron incapaces de establecer las causas de la muerte; no se trataba de una enfermedad contagiosa (la asepsia era absoluta en el interior del refugio) ni de una afección provocada por la mortífera radiactividad que emponzoñaba el exterior... Simplemente, el corazón del fallecido había dejado de repente de latir.

Esto no hubiera dejado de ser un lamentable episodio si, tan sólo una semana después, no hubiera muerto una segunda persona víctima de idénticos síntomas. Un mes más tarde eran seis las víctimas mortales de lo que ya nadie dudó en calificar de epidemia, entre ellos dos de los recién nacidos, y la alarma comenzó a cundir entre los refugiados. Se hicieron análisis exhaustivos, se utilizaron una y otra vez todas y cada una de las sofisticadas técnicas médicas de que disponían, se postularon todo tipo de hipótesis desde la más verosímil hasta la menos probable... Sin el menor resultado. Mientras tanto, el trágico goteo de muertes continuaba diezmando a los supervivientes con una regularidad diríase que perfecta de no ser por lo trágica que resultaba esta situación para los aterrados supervivientes.

Apenas un año después de haberse iniciado la mortífera epidemia quedaban con vida tan sólo cinco personas aparentemente inmunes a la plaga que había exterminado al resto de sus compañeros. Por una cruel burla del destino, habían conseguido conocer la causa de la mortandad una vez que ésta había ya cesado dejando tras de sí un daño irreparable: al parecer, la causa de todas las muertes había sido un pequeño y casi insignificante fallo en los sistemas de reciclado, el cual había provocado la acumulación de ciertas sustancias tóxicas en los cuerpos de los refugiados a la vez que la carencia de algunos oligoelementos básicos para el metabolismo humano; el efecto combinado de ambos problemas habría sido en última instancia el causante de la muerte de la práctica totalidad de los miembros de la colonia. En todo caso poco importaba ya; puesto que los cinco supervivientes eran todos varones, la extinción de la humanidad estaba ya irremisiblemente sentenciada.

Pasó el tiempo. De los cinco últimos representantes de la humanidad dos fallecieron por causas naturales, un tercero se suicidó y otro más fue víctima de un accidente al estrellarse el helicóptero que pilotaba en el exterior del refugio. Sólo quedaba pues él, y el día ya cercano en el que el peso de la edad le venciera, se habría acabado para siempre la audaz aventura que se iniciara aquel lejano día en el que un homínido fue capaz de articular

un primer pensamiento abstracto. Era tan sólo cuestión de tiempo, y sobradamente sabía que no le quedaba ya demasiado.

Un brusco destello del sanguinolento sol poniente le devolvió a la dura realidad de la que momentáneamente se había evadido refugiándose en sus antiguos recuerdos. Levantándose penosamente, con la dificultad impuesta por sus muchos años, se dirigió hacia el interior del vacío refugio para retornar a la rutina que él mismo se había impuesto como única manera de evitar caer en la locura; mientras descendía en el ascensor, meditaba con amargura sobre la cruel ironía con la que le había castigado el destino; él, que siempre había alentado el deseo de ser un escritor afamado y leído, él que nunca había podido ver cumplido su sueño viéndose obligado a guardar sus originales sin tener la menor posibilidad de darlos a publicar, él que por fin había podido disponer tanto del suficiente tiempo libre como de los medios técnicos necesarios para ver materializada su gran pasión, se encontraba ahora preso de la gran contradicción que suponía ser el último representante vivo de una humanidad extinta desde hacía ya muchas décadas.

Jamás ningún escritor, jamás ningún artista o creador, ni tan siquiera aquéllos que habían sido los más incomprensidos, se había visto castigado de una manera tan cruel. Ellos, al menos, tenían la esperanza más o menos remota de que la posteridad acabaría reconociendo su valía; él, por el contrario, sabía con toda certeza que jamás nadie podría haber detrás de él para llegar a conocer su obra. Ignoraba cuál había sido su culpa, pero conocía sobradamente cual habría de ser su amarga penitencia. Y lloró una vez más.

LA ÚLTIMA ESPERANZA

-Y Aníbal, al que su padre de niño le había hecho jurar odio eterno a los romanos, cruzó los Alpes con un gran ejército y con elefantes buscando conquistar Roma y destruir el poderío de sus enemigos.

-¿Qué son los Alpes?

-¿Cómo eran los elefantes?

-¿Dónde está Roma?

Ante tal avalancha de preguntas lanzada por su infantil auditorio, el anciano se interrumpió impotente sin saber cómo seguir adelante. El problema no era nuevo sino, muy al contrario, completamente habitual; pero a pesar de ello, jamás había conseguido adaptarse a tan incómoda situación temiéndose además, no sin razón, que tal inconveniente no tuviera la menor solución.

Empero no era éste el problema principal sino el que acto seguido asomó puntualmente en el tabuco en la figura de la irritada persona de Ramón, su quisquilloso vecino que ejercía las funciones de jefe de barrio por mandato del consejo del poblado.

-¿Ya estás distraendo otra vez a los chicos con tus tonterías? -fue el avinagrado saludo- ¿Cuántas veces te he dicho que dediques tu tiempo en cosas más útiles para la comunidad?

-Te he repetido mil veces que la cultura es tan importante como cualquier otra cosa de esas que a ti tanto te gustan -respondió con dignidad al tiempo que veía cómo sus discípulos se escabullían alborotadamente huyendo de un más que probable castigo-. Aún más, te diría que la cultura es fundamental para la recuperación de la que tanto hablas, por mucho que a ti te disguste.

-Bobadas -gruñó el energúmeno-. Estupideces que distraen a los muchachos llenándoles la cabeza de cosas inútiles al tiempo que olvidan las tareas necesarias para ellos y para todos.

-Tú no eres quien para opinar sobre este tema. De todos es sabido que...

-Me importa un comino todo aquello que no sirva para el bien común -le interrumpió el censor-. Es precisamente para defender esto por lo que el consejo me eligió jefe de barrio; y te aseguro que lo voy a hacer te guste o no -concluyó amenazadoramente.

-¿Cómo te vas a arreglar para impedirlo? -la lucha estaba ya más que asegurada.

-Prohibiéndote terminantemente que vuelvas a molestar a los muchachos. Bastante tenemos con mantener a un charlatán improductivo como tú para que además consintamos que vayas haciendo vagos por ahí.

Ante tan descarnado insulto, el anciano enrojeció vivamente más por la indignación que por la vergüenza que hubiera podido sentir. Sin embargo, era plenamente consciente de lo inseguro de su posición, por lo que optó por bajar la vista al suelo callando una vez más.

-Recuérdalo -le amenazó ominosamente su rival antes de desaparecer por el orificio que hacía las funciones de puerta-; si sigues insistiendo en tus tonterías, acabarás teniendo problemas.

La tormenta había amainado momentáneamente, pero el peligro se mantenía latente a modo de espada de Damocles presta a caer sobre su indefensa cabeza. Él lo sabía, y le preocupaba, mas no lo temía; al menos, no demasiado. Encogiéndose filosóficamente de hombros, hurgó en su morral sacando del interior del mismo la tosca flauta que tanto trabajo le costara tallar y que ahora constituía una de sus más preciadas pertenencias; y, tras respirar profundamente en un intento de calmar el desbocado ritmo de su alterado corazón, se llevó finalmente el instrumento a los labios comenzando a tañer una olvidada melodía cuyos melancólicos acordes compusiera hacía ya muchos años el asimismo olvidado Sibelius. La música, uno de los pocos placeres que todavía le quedaban, tenía la virtud de tranquilizarle y esto era precisamente de lo que más necesitado estaba en ese preciso momento.

Había perdido completamente la noción del tiempo, enfrascado como estaba en su música, cuando un movimiento fugaz en el límite de su campo visual le hizo interrumpir bruscamente la melodía.

El responsable de la alteración, por su parte, optó por escaparse de la manera más sigilosa posible, mas no sin que antes él pudiera identificarlo rápidamente.

-¡Andrés! -gritó-. ¡Ven aquí!

El tono de su voz era imperioso, pero al mismo tiempo rebosaba emoción y así debió de entenderlo el aludido ya que, habiendo desaparecido en el corredor, se volvió sobre sus pasos retornando con timidez, pero resueltamente, al cuartucho donde el anciano músico tenía su humilde morada. Era Andrés un muchacho de alrededor de trece o catorce años de edad, de complexión frágil y enfermiza y una expresión ausente en su mirada que denotaba bien a las claras las penalidades que a pesar de lo corto de su edad se había visto forzado a sufrir, circunstancia ésta por lo demás muy común en aquellos tristes años en los que un pequeño puñado de desamparados supervivientes intentaba salir adelante entre las cenizas

y las ruinas del torturado y moribundo planeta. Era también Andrés su principal discípulo -hermosa palabra ésta, carente ya prácticamente de sentido en la nueva sociedad- merced en parte a su desbordado afán de conocimientos, en parte porque su procedencia le había impedido integrarse de una manera plena en la cerrada sociedad de la que formaba parte.

Y es que Andrés, recogido casi un año antes tras haber huido de una comunidad vecina y rival, continuaba siendo un extraño mitad a causa de su origen, mitad debido a su carácter huidizo y retraído. Puesto que además la debilidad de su cuerpo le incapacitaba en la práctica para realizar la mayor parte de los trabajos comunes del poblado, Andrés pasaba por ser, para la mayor parte de sus compañeros y en especial para los muchachos de su edad, únicamente un inútil mantenido tan sólo por caridad, cuestión ésta realmente grave en el seno de una sociedad cuya principal tarea cotidiana no era otra que la pura y simple lucha por la supervivencia.

“*Un inútil* -pensó tristemente el anciano-. *Exactamente igual que yo*”.

-¿Qué quieres, Andrés? -preguntó tiernamente al rapazuelo.

-Disculpa, maestro -se excusó éste mirando sumisamente al suelo-. Oí la música y me acerqué para poder escucharla mejor. Lamento mucho haberte interrumpido.

-No te preocupes, hijo -le sonrió con amargura-. Me alegra que te guste la música; desgraciadamente, no se trata de una afición que esté muy extendida en nuestros días.

-Dime maestro, ¿qué era lo que tocabas? -desaparecida su inicial timidez, el niño mostraba ahora una faz radiante que hubiera sorprendido enormemente a todos aquellos que estuvieran acostumbrados a contemplar su habitualmente taciturna expresión.

-Oh, muchacho, ¿qué importancia tiene eso? Los músicos están todos muertos y la música que compusieron está también muerta en estos tiempos malditos. Nada queda ya de todo ello, sino el pálido recuerdo de unos pocos viejos cercanos ya al fin de sus días.

-Pero no está muerta del todo, puesto que tú la tocas.

-Yo... -balbuceó sintiendo desgarrarse algo en su interior-. Yo sólo soy capaz de esbozar una mísera sombra de todas estas maravillas perdidas.

-Pero maestro -protestó Andrés sentándose a su vera-; tú sabes que a mí me gusta oír tus historias. ¡Cuéntamelas! -imploró.

-Está bien -accedió al fin-. Era un fragmento de la segunda sinfonía de Sibelius, un músico finlandés que murió hace ya muchos años.

-¿Finlandés?

-Sí, de Finlandia; un antiguo país muy lejano situado cerca del polo norte, un país de hielos y nieves, de bosques y lagos. Pero esto carece ya de importancia.

-¿Por qué no tocas de nuevo? -insistió el joven viendo satisfecha su curiosidad-. Me gusta oírte tocar.

-Como quieras -concedió el anciano-. ¿Qué quieres escuchar?

-Lo que tú prefieras; ya sabes que me gusta todo.

-Sonriendo de nuevo se acercó la flauta a los labios comenzando a desgranar, tras un leve titubeo, las lánguidas notas del otrora famoso adagio del concierto para oboe de Marcello, una obra ciertamente apropiada para el estado de ánimo que le embargaba. Andrés, por su parte, escuchaba absorto y con la mirada perdida mientras el suave sol del ocaso arrancaba cárdenos destellos a los cristales que protegían la solitaria ventana. Un día más, triste y amargo como todos, se extinguía mansamente en aquella tierra maldita.

* * *

La luz del sol, penetrando con impudicia en su modesto refugio, le arrancó del sueño devolviéndole de nuevo a la dura realidad cotidiana. Una vez salvados los momentos de estupor que acompañan al despertar, recordó bruscamente que la noche anterior no se había acostado... Lo que pudo comprobar sin más que mirar a su entorno. Efectivamente, no se había retirado a la alcoba que constituía la otra pieza de su pequeño habitáculo sino que, sin darse cuenta, se había quedado dormido mientras tocaba y charlaba con su pequeño amigo, el cual dormía como un bendito hecho un ovillo a sus pies.

Ahora recordaba cómo ambos habían rehusado retirarse a dormir prefiriendo compartir las tristes migajas que el anciano era capaz de recordar de la esplendorosa cultura que había desaparecido para siempre; y recordaba también cómo su tosca flauta había recreado para el absorto muchacho toda una serie de melodías olvidadas que al pobre Andrés tenían por fuerza que sonarle a música celestial. Habían hablado también, y mucho además, aprovechando los intervalos de descanso que sus fatigados pulmones imponían al anciano, merced a los cuales volvieron a resurgir, siquiera fugazmente, las glorias pasadas de extintos imperios así como las hazañas marchitas de los grandes artistas, los esforzados científicos o los poderosos gobernantes.

Por su boca había sabido Andrés, al igual que lo hiciera en anteriores ocasiones, cómo el hombre había conquistado la Luna, vencido a las enfermedades y explorado los rincones más recónditos del planeta; gracias a él tuvo noticia el muchacho de guerras pavorosas y de increíbles maravillas científicas, mientras las minuciosas descripciones de cuadros, estatuas

o edificios convertidos en polvo impalpable o en ruinas informes alternaban con los relatos de astronomía, zoología, historia o mitología. Era éste todo un mundo para Andrés, fascinante e irreal por cuanto tenía de inalcanzable, pero sin ningún género de dudas infinitamente más subyugador que la prosaica y hostil realidad cotidiana.

Mas si bien sus espíritus podían aspirar a ser infatigables, no ocurría lo mismo con sus debilitados organismos que, mucho menos resistentes, acabaron reclamando inflexiblemente sus derechos; y así, por mucho que el anciano ansiara comunicar a alguien sus marchitos conocimientos, y por mucho que la mente infantil se mostrara ávida por recibirlos, la naturaleza acabó imponiendo finalmente sus tiránicas leyes haciéndoles caer rendidos en ese sueño contra el que ambos lucharon pero que resultó pese a todo imprescindible para sus fatigados cuerpos.

Una sombra de temor cruzó fugazmente por su mente cuando unos discretos golpes en la desvencijada puerta le trajeron a la memoria la ominosa figura del energúmeno y su explícita amenaza; pero la calma volvió a anidar en su cuerpo cuando recordó que el zafio Ramón jamás se hubiera molestado en llamar de esta forma. Se trataba, pues, de algún otro visitante sin duda animado de intenciones menos belicosas o, tan siquiera, más civilizadas; no obstante la experiencia le recomendaba ser prudente, por lo que procedió a despertar suavemente al adormilado muchacho recomendándole silencio al tiempo que le conducía a la habitación interior de la casa, cuya puerta cerró con cuidado antes de abrir finalmente a su inesperado visitante.

Éste era un anciano de aproximadamente su misma edad y expresión franca y bonachona que contrastaba vivamente con su digno y distante porte; una persona, en suma, que inspiraba confianza a primera vista. Se trataba de José, uno de los miembros del consejo de ancianos y uno de los pocos adultos de la comunidad que podía ser considerado, si no como amigo suyo, que de éstos no tenía ninguno, sí cuanto menos respetuoso con su postura. Y, cuanto menos, ambos se apreciaban mutuamente, lo que no era ya poco.

-Hola, José -saludó-. ¿Qué te trae por aquí?

-Vengo a hablar contigo -respondió plácidamente su interlocutor sin dejar entrever los motivos de la inesperada visita-. ¿Puedo pasar?

-Oh, sí, por supuesto -respondió turbado el anciano-. Ven y siéntate conmigo.

-¿Estás solo? -preguntó el visitante recorriendo con la mirada la pequeña estancia-
¿Completamente solo?

-Sí, claro -su turbación era ya palpable-. ¿Con quién iba a estar a estas horas de la mañana, cuando me acabo de levantar y estoy todavía en ayunas?

-¿Seguro? -insistió con sorna su inquisidor vivamente interesado, al parecer, en las arrugadas ropas y el desaseado aspecto del propietario de la vivienda-. ¿No tendrás algún rapazuelo escondido en el dormitorio?

-Bueno, yo... -balbució.

-Anda, no me engañes -le tranquilizó con una amplia sonrisa-; yo no soy el animal de Ramón, y no voy a tirar a nadie de las orejas. Pero, eso sí -y aquí su expresión se tornó seria-, necesito hablar contigo sin testigos de ningún tipo, y menos aún si éstos son los muchachos que habitualmente te acompañan.

-Está bien -suspiró derrotado-. Andrés, ya puedes salir; el señor José es amigo nuestro y no va a decir a nadie que te ha visto aquí.

Ante tales garantías dadas por partida doble el chaval, que sin duda había estado escuchando detrás de la puerta, asomó primero la cabeza y después el resto de su delgado cuerpo para, tras mascullar un ininteligible saludo, desaparecer rápidamente de la vivienda. Una vez solos ambos ancianos, el visitante se cercioró de que efectivamente no había nadie en los alrededores de la entrada para, finalmente, cerrar con cuidado la puerta sentándose en el lugar que anteriormente le ofreciera su anfitrión. Evidentemente, lo que venía a tratar debía de ser algo serio a juzgar por las precauciones que tomaba.

-Bien, tú dirás qué es lo que quieres -exclamó al fin este último rompiendo el silencio en el que ambos se habían sumido.

-Yo, bueno, vengo comisionado por el consejo de ancianos para decirte que...

-Que deje de molestar a los chicos de la aldea, ¿no es así? ¿Os ha dado el chivatazo el energúmeno de vuestro espía?

-No, no puedo decir que no -titubeó por vez primera el emisario-. Ayer por la tarde, concretamente; creo que poco antes había tenido un altercado contigo. Claro está que no tienes por qué darle demasiada importancia; Ramón nos ha estado mareando con esta cuestión infinidad de veces desde hace varios años, y tú sabes perfectamente que nunca le hemos hecho caso.

-Ni le habéis ordenado en ningún momento que me dejara en paz, lo cual entraba también dentro de vuestras atribuciones.

-Compréndelo, Ramón dentro de su bestialidad es un subordinado eficiente y, a su manera, suele actuar con una lógica implacable. Los tiempos que corren son muy duros y, nos guste o no, no tenemos otra solución que la de adaptarnos a ellos.

-Lo comprendo perfectamente -sonrió con amargura-. Y, aún más, soy también consciente de que tan sólo represento un lastre para la marcha de la comunidad.

-No, no es eso -se apresuró a apaciguarle José-. Puedes estar seguro de que el consejo está muy satisfecho de que una persona tan... culta como tú forme parte de nuestra pequeña comunidad. Pero la vida es difícil y, créeme, por el bien de la disciplina común sería contraproducente desautorizar a Ramón en lo que respecta a su fobia contigo; es por ello por lo que optamos por no decirle nada aunque, al mismo tiempo, tampoco prestábamos la menor atención a sus repetidas quejas.

-Una decisión ciertamente salomónica -ironizó-. Pero mucho me temo que finalmente habéis debido de cambiar de opinión. ¿Me equivoco?

-No exactamente... Aunque no te puedo negar que algo de eso hay. -concluyó José con un hilo de voz.

-Desembucha -le espetó con brusquedad-. No, no te preocupes; esperaba esto desde hace mucho tiempo. No me pillas, pues, de sorpresa.

-Como quieras. Además, a mí me gusta la franqueza. Bien, vengo para decirte que las cosas no pueden continuar así durante más tiempo.

-¿Os ha convencido finalmente vuestro sabueso?

-Te vuelvo a repetir que no; el problema es que no es únicamente Ramón el que se queja de que distraes a los muchachos, sino una parte cada vez mayor de la aldea. A Ramón le podíamos ignorar, y así lo hemos hecho durante mucho tiempo; pero nos resulta muy difícil eximirte de la disciplina que obligamos a cumplir sin excusas de ningún tipo al resto de la población, máxime si tenemos en cuenta que tú no realizas ningún trabajo productivo. Sí, ya sé lo que me vas a decir; -continuó, impidiendo hablar a su airado interlocutor-; y tú también puedes imaginarte la contestación: Yo no te considero un inútil, y el consejo tampoco. Pero la gente común no piensa así, y desde su punto de vista no les falta razón.

-Tengo cerca de ochenta años y apenas si me puedo mover sin ayuda. ¿Pretendéis acaso que me ponga a cortar leña, que me haga pastor o que me dé de alta en la milicia? Sería muy divertido y, al menos, el bestia de Ramón me dejaría en paz.

-No te hagas el gracioso. Sabes perfectamente que si no formas parte del consejo es porque siempre te has negado a pesar de todos nuestros requerimientos, igual que has hecho siempre que se te ha pedido que ayudaras a los maestros.

-Y tú sabes también que nunca he servido para gobernar a nadie que no fuera yo mismo; en mis tiempos simpatiqué con el anarquismo, y ya dice el refrán que genio y figura hasta la sepultura.

-Se respetó tu decisión, a pesar de todo; pero en cuanto a lo otro...

-Me hubiera encantado hacerlo de no mediar una circunstancia: en vuestra escuela -escupió la palabra- tan sólo se enseñan cosas tales como carpintería, agricultura o tácticas militares... Cosas útiles, como vosotros decís, de las cuales yo nunca he sabido hacer nada.

-Y a leer y a escribir, y a hacer cuentas, que eso sí lo sabes, y bastante bien por cierto.

-¿Se puede dar una única gota de agua a aquél que se está muriendo de sed? ¿Se puede dejar leer una sola página de un libro a quien está ansiando aprender a leer? ¿Acaso podía hacer yo algo diferente a negarme a enseñar la comida al hambriento para alejarle acto seguido de ella?

-Esa es una interpretación muy personal.

-¡Es la única válida, digáis lo que digáis! -estalló-. Somos apenas un puñado de supervivientes en una Tierra moribunda, hemos perdido para siempre prácticamente todo el patrimonio cultural que acumularon nuestros antepasados a lo largo de miles de años, apenas si queda la tradición oral de unos cuantos viejos que estamos a las puertas mismas de la muerte, ¡y me pides que contribuya a dejar perder las últimas migajas que nos quedan! Esto no es una incongruencia; esto es un crimen de lesa humanidad que estamos cometiendo contra nuestros descendientes al privarlos de absolutamente toda su herencia. Participad vosotros, si es que así lo queréis, en este asesinato cultural; yo me niego.

-Escúchame -le contestó José con dulzura-. Yo también recuerdo los tiempos antiguos, los de antes de la Gran Catástrofe. Entonces era un simple camionero prácticamente sin cultura y -sonrió avergonzado- sin la menor inquietud por tenerla. No obstante, yo respetaba a todos aquéllos que sí la tenían y, en el fondo, me sentía avergonzado al compararme con ellos. Y, por supuesto, no se me ocurría decir que la cultura no servía para nada; era bastante burro, por supuesto, pero no tanto.

»Llegó la Gran Catástrofe y, por suerte o por desgracia, me convertí en uno de los escasos supervivientes. De todo lo que sucedió inmediatamente después no tengo que hablarte puesto que lo conoces tan bien como yo; pero lo que sí te digo es que, si después de tantos y tantos años de luchar contra la barbarie que nos rodea hemos conseguido crear

un mínimo remanso de civilización, merece la pena luchar con todas nuestras fuerzas por mantenerlo aún cuando sea a costa de perder todo ese patrimonio cultural del que tú te lamentas.

-Esto no es incompatible con lo que yo propugno -protestó airadamente el rebelde.

-Ojalá no lo fuese; pero, desgraciadamente, así lo es. En la situación en la que estamos, un pastor es infinitamente más útil que un músico, y un carpintero más necesario que un poeta.

-Pero...

-No hay alternativa, ni para eso ni para otras muchas cosas que también nos resultarían enormemente útiles. Antes te dije que yo era camionero; ahora no hay ni camiones ni ningún otro tipo de vehículos de motor, por no haber no hay ni carreteras, y únicamente contamos con las pocas bestias de tiro que pudimos salvar del desastre. ¿Crees que no me hubiera gustado poder enseñar a conducir a los muchachos? También era un mecánico bastante bueno; ¿verías bien que enseñara a la gente a construir y a reparar motores de explosión? ¿Serías capaz de proporcionarme las herramientas, el acero, la gasolina, el caucho de los neumáticos? ¿Me construirías carreteras para que nuestros vehículos pudieran correr por ellas?

-Me rindo -expresó desalentado el pobre viejo-. Está claro que en ningún caso tendría nada que hacer.

-Todos tenemos mucho que hacer -le respondió con dulzura el consejero-. Yo no puedo conducir vehículos, pero colaboro en el gobierno de la comunidad. Luis, uno de mis compañeros, era médico, y ahora sólo dispone de un pequeño puñado de plantas medicinales. Miguel, químico antes del desastre, se limita a fabricar pólvora. Alberto, que fue un excelente arquitecto, lo más que puede hacer es dirigir la construcción de una cabaña... ¿Continúo con la lista?

-No es necesario; me has convencido. La Providencia ha querido que la civilización se extinga, y tenemos que aceptarlo con resignación.

-La civilización no, la cultura -le corrigió su compañero-. Pero tras esta edad oscura vendrá un nuevo renacimiento, y finalmente el hombre podrá volver a sentirse orgulloso de su estirpe.

-Entonces ya será tarde porque los conocimientos no estarán olvidados, sino perdidos.

-Es por eso por lo que nuestra obligación es salvar cuanto podamos mientras que esta actividad no perjudique a las tareas fundamentales de la comunidad.

-No te comprendo. Tú acabas de decir...

-Que hoy en día no nos hacen falta escritores, sino boyeros. Pero eso no quiere decir que no se pueda hacer nada por salvar cuanto se pueda. ¿Recuerdas cuál fue la principal responsabilidad de los monasterios medievales? Sí, supongo que sí -bromeó José-; al fin y al cabo, tú eres el intelectual.

-¿Quieres decir que?

-Que queremos conservar tus conocimientos, aunque no podemos consentir que nos distraigas a la mitad de los chicos, como bien decía Ramón; ahora bien, es decisión del consejo que escojas a un discípulo (uno solo, ya que no podemos permitirnos más lujos) de forma que éste pueda conservar tus conocimientos para cuando tú ya no estés. Asimismo te proporcionaremos la suficiente cantidad de papel como necesites para dejar escritos tus recuerdos; y te aseguro que este papel nos va a costar realmente caro.

»Eso es lo que venía a decirte; y si te queda tiempo, podrías incluso ayudarnos a los demás a hacer lo propio. Al fin y al cabo, tampoco estaría mal que nuestros descendientes contaran con los planos de un motor diesel o una dínamo eléctrica, pongo por caso; ¡qué caramba! no todo va a ser literatura o historia.

Aquellos dos ancianos, postreros supervivientes de unos tiempos mejores desaparecidos ya para siempre, se abrazaron emocionados hermanando unas lágrimas vertidas por un futuro próspero que ellos nunca alcanzarían a conocer. Pero no importaba; si se había perdido mucho sería bastante lo que se salvara y, por encima de todo, se mantendría encendida la llama que recordaría a la humanidad que era capaz de alcanzar las más altas metas aún cuando partiera del más profundo de los pozos. Y el hombre, cual nueva ave fénix, resurgiría de sus cenizas una vez más para recoger la herencia cuidadosamente guardada.

Poco después el Maestro -ya con mayúscula- se quedaba solo mientras su compañero y amigo retornaba para comunicar la buena nueva al consejo; levantándose trabajosamente se encaminó hasta la puerta asomándose gozoso al exterior. En la esquina de la cabaña más próxima, tal como esperaba, atisbó la escuálida figura de Andrés acechando sin atreverse a dar un solo paso adelante o atrás; había visto partir al consejero, pero ignoraba qué era lo que se había hablado en la casa y, probablemente, se temía lo peor.

“*Ahí está el futuro*”. Pensó para sí el Maestro; porque su elección estaba ya hecha y no temía en absoluto equivocarse. Andrés era prácticamente inútil para los trabajos de la comunidad y, por el contrario, aceptaría con entusiasmo la tarea que le estaba designada. No, no se equivocaría.

-¡Andrés, ven! -exclamó.

Y Andrés acudió.

ORA ET LABORA

Pero en las estanterías que se veían a lo largo de los muros había libros, libros enriquecidos con admirables iluminaciones, libros que trataban de cosas incomprensibles, libros pacientemente copiados por hombres cuya tarea no consistía en comprender, sino en conservar. Y esos libros esperaban que llegase su hora.

Walter M. Miller. *Cántico a San Leibowitz.*

El alegre tañido de una campana rasgando el silencio de la plácida huerta tuvo la virtud de arrancar de su ensimismamiento al anciano monje que, perdido en sus profundos pensamientos, parecía estar completamente ajeno a la radiante mañana con que la primavera regalaba al monasterio.

Apoyándose en su viejo bastón se levantó trabajosamente comenzado a cruzar, con paso renqueante pero seguro, la pequeña y cuidada huerta. Abandonada ésta penetró en el fresco claustro para, finalmente, dirigirse a su destino, el amplio recinto de la biblioteca. Él era el responsable, desde hacía muchos años, de la importante labor confiada a la misma y, aunque sabía que le quedaba ya poco vida antes de reunirse con el Señor, no por ello renunciaba a continuar adelante con una labor que sería fundamental para las generaciones venideras.

Mas no era fácil su tarea. Corrían malos tiempos para el mundo: Guerras, epidemias, catástrofes de todo tipo... La gimiente humanidad, diezmada y lacerada como nunca antes lo hubiera sido, arrastraba su mísera existencia luchando desesperadamente por sobrevivir en un ambiente que en las últimas generaciones se había vuelto completamente hostil para el hombre.

Pero no siempre había sido así, como bien sabía el anciano monje. Hubo un tiempo, hacía ya más de una o dos centurias, en el que el hombre había dominado el planeta; un tiempo en el que la cultura florecía y la vida era fácil y regalada gracias a todo un cúmulo de adelantos técnicos que parecían haber realizado el milagro de liberar al hombre del castigo divino de trabajar para poder sobrevivir... Pero nada de eso existía ya. La soberbia y el egoísmo de los hombres habían desatado un gran cataclismo de sangre y fuego que exterminó a una gran parte de la población, dejando a los escasos supervivientes privados de todo salvo de sus propias manos.

Luego llegaron epidemias que ya se creía olvidadas, cada cual más virulenta y más mortífera que la anterior, todas las cuales cobraron un triste tributo en vidas humanas... Y aún habrían de ser envidiadas sus víctimas por aquellos que lograron burlarlas pues, cual si de una nueva maldición bíblica se tratara, habría de caer sobre ellos una multitud de hordas salvajes que, procedentes de extrañas y lejanas tierras, procederían a arrasarse brutalmente lo poco que había quedado en pie después de tantas desgracias.

Pero la época de las grandes invasiones había quedado también atrás. Ahora el mundo, al menos hasta donde llegaban noticias de él, estaba relativamente tranquilo y un nuevo orden imperaba en el orbe en remedo, más que en sustitución, del antiguo. Los Señores de la Guerra, descendientes de aquellos que asaltaron tan brutalmente estos países tan sólo dos generaciones atrás, se habían civilizado apenas lo suficiente como para comprender que siendo los amos sacarían más provecho que dedicándose al pillaje y al saqueo tal como hicieran sus abuelos; así pues, implantaron un régimen de señores y vasallos el cual, aun basándose en la fuerza y no en la razón, consiguió a pesar de todas sus imperfecciones detener, o cuanto menos frenar, la desenfadada carrera hacia el caos en la que se estaba hundiendo irremisiblemente la otrora orgullosa civilización.

No fue una victoria, pero tampoco se podría calificar taxativamente de derrota; al fin y al cabo reinaba un cierto orden y la humanidad pudo, por vez primera en muchos años, lamerse sus sangrantes heridas y mirar alrededor haciendo inventario de todo cuanto había logrado salvar del catastrófico naufragio... Apenas unas míseras migajas de lo que constituyera su impresionante patrimonio cultural, ahora perdido para siempre.

De todas formas, en los tiempos que corrían tampoco se echaba de menos el saber perdido; bastante tenían los rudos descendientes de los refinados Antiguos con obtener cada día el pan necesario para no morir de hambre... Ciertamente es que se añoraban, con esa nebulosidad propia de aquello que nunca se ha conocido realmente, todos aquellos avances técnicos que, según decían algunos charlatanes, habían liberado al hombre de su esclavitud al trabajo; pero en un mundo en el que casi nadie sabía ni tan siquiera leer, pocos echaban de menos el bagaje perdido.

Pocos, pues, eran los que se lamentaban de las creaciones artísticas, literarias o musicales desaparecidas para siempre; y no hubiera habido ninguno de no ser por los monasterios, únicos refugios de los últimos retazos de un saber que era mal visto por los nuevos Señores los cuales aducían, no sin que les faltara una parte de razón, que el exceso de conocimientos era lo que había arrastrado a la humanidad a la hecatombe.

No, no estaban demasiado bien vistos los monasterios por sus bárbaros amos, pero a pesar de todo los respetaban mitad por un temor supersticioso, mitad por interés propio dado que la excelente organización de los mismos les resultaba sumamente útil como apoyo a la hora de gobernar sus pequeños principados. Así pues, los monasterios pudieron

desempeñar su verdadera labor sin demasiados problemas aunque también sin demasiados medios en un mundo en el que la mayor parte de la población se veía obligada a volcar la mayor parte de sus esfuerzos en algo tan prosaico como era conseguir algo con lo que poder comer cada día.

Aislados, aunque no ajenos a esta cruda realidad, los monjes trabajaban con tesón, generación tras generación, para salvar lo poco que se había conseguido salvar de la catástrofe. Eran apenas unas migajas dispersas de la gran herencia perdida, pero era cuanto quedaba del otrora cuantioso patrimonio de la humanidad, y su obligación era conservarlo para las generaciones futuras preservándolo de la barbarie de las edades presentes. Poco importaba que fueran incapaces de entender la mayor parte de aquello que transcribían; lo importante era preservarlo antes de que desapareciera para siempre.

Un inoportuno tropiezo con una baldosa desigual tuvo la virtud de devolverle a la realidad de la que por unos instantes se había evadido. Por otro lado ya era tiempo: La puerta de la biblioteca se alzaba ante sus ojos.

La biblioteca... El lugar en el que había consumido los últimos cincuenta años de su vida, el lugar en el que entrara por vez primera siendo tan sólo un lego joven e imberbe que acababa de ingresar en el convento huyendo del hambre secular y de la tiranía de los Señores del cercano castillo.

Habían sido cincuenta años de arduo trabajo luchando siempre por preservar los saberes perdidos, toda una vida que había empezado como simple ayudante de los copistas para concluir, desde hacía ya más de dos décadas, como máximo responsable de la gran biblioteca del monasterio. Ignoraba el número de volúmenes que habían pasado por sus manos en todo este tiempo, volúmenes en los que con prieta y elegante letra había salvado para la posteridad infinidad de conocimientos imposibles de comprender en esa era bárbara, pero que quizá llegaran a ser útiles algún día. Por desgracia su pulso de anciano y su vista cansada le habían apartado irreversiblemente de un trabajo reservado a los más jóvenes, viéndose obligado desde entonces a realizar tan sólo la supervisión del trabajo del equipo de copistas sujeto a su dirección; al fin y al cabo él ya era viejo y pronto debería ceder su puesto a otro hermano más joven que él... Aunque siempre le dolería aceptar lo inevitable de su final después de tantos años de fructífero trabajo.

Pero así lo quería Dios, se dijo rependiéndose por su momentáneo desliz; y así debía aceptarlo por más que le doliera. De todas formas, se consoló, cuando ni polvo quedara ya de su cuerpo ni recuerdo alguno de su persona, quizá entonces alguien utilizara algún dato que él hubiera ayudado a conservar... Y eso era bastante para satisfacerle.

De nuevo había vuelto a divagar... Decididamente, se estaba volviendo viejo. Cruzó pues rápidamente el umbral y penetró en sus indiscutibles dominios.

-Maestro... -el joven monje que era su más directo ayudante y su casi seguro sucesor, se le acercó solícito apenas había dado unos pasos en el vasto recinto- Permítale que le ayude.

-Le agradezco su solicitud, fray Julián, pero todavía puedo valerme por mí mismo. -gruñó molesto.

Al instante se había arrepentido de su brusquedad con el discípulo; al fin y al cabo, él sólo deseaba ser amable.

-Discúlpeme, hermano; -se excusó- hoy me encuentro algo alterado.

-No tiene ninguna importancia. -sonrió el joven- Por cierto; -añadió cambiando diplomáticamente de tema- el hermano herrero le está aguardando porque desea hablar con usted.

-¿Qué es lo que quiere? -preguntó con inquietud; las visitas de personas ajenas a la biblioteca solían ser por lo general molestas e incómodas.

-Creo que es algo relacionado con el suministro de electricidad, pero no ha querido ser muy explícito conmigo.

-¿Otra vez? -explotó el anciano- ¿Es que no vamos a poder trabajar sin problemas durante una semana seguida?

Su ayudante se limitó a encogerse filosóficamente de hombros.

* * *

-Hermano bibliotecario. -el visitante, un fornido monje de mediana edad, se había levantado de su asiento nada más verle llegar- Lamento tener que molestarle de nuevo.

-Déjelo, hermano; no tiene usted por qué disculparse. Todos nosotros nos limitamos a cumplir lo mejor posible con nuestro trabajo.

-Sí, eso es cierto. -respondió su interlocutor rascándose nerviosamente la barbilla- Pero también lo es que de mí depende el correcto funcionamiento de una buena parte del monasterio.

-Incluidos nuestros ordenadores... ¿Acaso algo marcha mal?

-Bueno. -titubeó- Volvemos a tener problemas con el generador principal; está que se cae de puro viejo, y a duras penas consigo que vaya tirando adelante.

-Eso quiere decir que nos quedaremos de nuevo sin electricidad.

-No creo que la reparación del generador dure demasiado tiempo, pero todo depende de con lo que me encuentre al desmontarlo. Espero que al menos el bobinado esté bien; - continuó, más para sí mismo que para el anciano- no se puede usted ni imaginar lo difícil que resulta conseguir hilo de cobre medianamente decente.

-Sí, claro. -concedió distraído- Pero mientras dure la reparación, ¿no podría conectarnos a los generadores auxiliares? Estamos llevando a cabo un trabajo sumamente importante, e interrumpirlo ahora...

-Lo siento, hermano; los generadores auxiliares tienen una potencia limitada, y ésta es necesaria para los servicios esenciales del monasterio: El molino, la forja, la carpintería, la enfermería, la cocina... Y mucho me temo que la biblioteca no está incluida en esta relación. Por eso le ruego que dejen apagado todo de aquí a una hora, ya que será entonces cuando desconecte esta línea.

-¡Qué se le va a hacer! -se resignó bien a su pesar- Al menos esta vez no nos cortarán la electricidad sin avisar, como ocurrió la semana pasada; ¡todo un día de trabajo perdido!

-¡Hermano! -se sonrojó el herrero- Le aseguro que se trató de un desafortunado accidente.

-Olvidémoslo. -concedió el anciano una vez satisfecha su inocente venganza- Lo que sí voy a hacer, es aprovechar la ocasión para comentarle que se nos ha vuelto a estropear uno de los ordenadores.

-¡Otra vez! -el irritado era ahora el herrero- Si no hace ni dos semanas...

-Que reparó usted el último. Pero ahora no ha sido ése, sino el del monitor grande; y lo peor de todo, es que es el más rápido de todos. Sin él, estamos perdidos.

-Una vez hayamos terminado con el generador vendremos a por el ordenador, pero si le he de ser sincero, no le puedo prometer nada; estos aparatos suyos son una pura chatarra.

-No se preocupe por ello; -ironizó el bibliotecario- En cuanto podamos, iremos al pueblo a comprar unos cuantos.

-Disculpe mi brusquedad. -concedió el herrero- De sobra sé que ustedes hacen todo lo que pueden con tan precarios medios. Pero yo... Forjar una pieza de un generador no es demasiado complicado, pero lo que me resulta de todo punto imposible es improvisar alguno de los maravillosos componentes electrónicos de los que estos artefactos están fabricados. Puedo sustituirles los cables y reparar alguna pieza mecánica, pero poco más. Y

en cuanto a la provisión de piezas de repuesto, algo que debemos agradecer a la previsión de mis antecesores, está ya tan agotada que no sé durante cuanto tiempo podremos seguir manteniendo en funcionamiento a estos aparatos. En fin; -suspiró- tendremos que pechar con ello y resolverlo de la mejor manera posible.

Unos minutos después, ya a solas con sus pensamientos, el anciano bibliotecario meditaba tristemente sobre la labor a la que había dedicado toda su vida. Los ordenadores... Aquellos maravillosos artefactos que fueran a la par símbolo y sostén de la antigua civilización, eran ahora tan sólo unas venerables reliquias de un pasado desaparecido para siempre. Pero para ellos los ordenadores eran mucho más, algo infinitamente más importante que unos simples y polvorientos objetos de museo: Eran, o pretendían ser, sus instrumentos de trabajo.

¡Pensar que hubo un momento en el que toda, absolutamente toda la información del mundo, y nadie podría sospechar siquiera su ingente magnitud, estaba almacenada en estos frágiles objetos! Cualquiera de sus supersticiosos contemporáneos, incluyendo también a los toscos e incultos sacerdotes seculares que tan mimados estaban por los zafios Señores, hubiera rechazado con indignación tamaño aserto tachándolo de imposible cuando no de herético o diabólico... Aunque había que reconocer que resultaba realmente difícil de creer en una época en la que el desarrollo tecnológico había experimentado un brusco retroceso de varios siglos, unos tiempos en los que el manuscrito se había vuelto a convertir en la única manera posible de transcribir unos datos.

Pero los monjes de este monasterio no se habían vuelto locos ni tenían tratos con el diablo. Muy al contrario, eran de los pocos que sabían a ciencia cierta que las cosas no habían sido siempre así, y de los pocos también que luchaban por preservar todo lo posible de la extinta edad dorada. En los oscuros años que acompañaron al colapso el azar quiso que unos cuantos fugitivos llamaran a las puertas del pequeño convento que fuera con el tiempo el embrión del actual monasterio; de esto hacía ya mucho tiempo, pero el recuerdo permanecía vívido en la memoria de la comunidad puesto que de este hecho derivaba la principal razón de ser de la comunidad.

Era una época en la que el vulgo perseguía a todo aquél que poseyera cierto nivel cultural por creerle culpable de la catástrofe; ninguna diferencia había entre los que contaban con una formación técnica o científica y los que no; todos ellos eran asesinados sin piedad por el simple hecho de *saber*. Huyendo de la muerte muchos de estos proscritos buscaron refugio bajo el manto de la Iglesia, única institución que fue capaz de salvarse a sí misma y salvar a sus protegidos mientras el resto del mundo se desmoronaba a su alrededor, repitiéndose así por segunda vez en la historia su condición de depositaria de los saberes olvidados.

Los científicos salvados tan oportunamente por el monasterio de la furia de la chusma enardecida, ahora convertidos en unos monjes más, resultaron ser todos ellos unos expertos en informática tal como relataron a sus nuevos compañeros una vez pasado definitivamente el peligro. Sin embargo, de nada servía su saber si carecían de ordenadores, razón por la que en un principio no pudieron aportar sus valiosos conocimientos a la comunidad. Afortunadamente un golpe de suerte les deparó un descubrimiento que sería determinante para su futuro: Husmeando en las ruinas calcinadas de una antigua biblioteca en busca de algún libro o documento que salvar, un joven lego encontró la entrada de un subterráneo el cual se encontraba abarrotado de ordenadores, todos ellos milagrosamente intactos al haber permanecido ocultos y bien conservados durante los años de anarquía. Todo parecía indicar que se encontraban ante el fruto de un desesperado intento de salvar de la destrucción una cantidad presumiblemente muy importante de información, intento que al parecer había sido culminado con el éxito.

Una precaria paz impuesta por el Señor de la Guerra local había sustituido a los saqueos y los asesinatos indiscriminados, por lo que tras la pertinente autorización de éste los monjes pudieron acarrear su tesoro hasta el seguro refugio brindado por los muros del monasterio. Habían pasado bastantes años desde que los antiguos informáticos ingresaran en la comunidad pero éstos, aunque ancianos, continuaban conservando su saber, por lo que rápidamente pudo ser organizado un grupo encargado de aprender el manejo de los aparatos con objeto de poder interpretar la gran cantidad de información que éstos contenían.

Por desgracia, la realidad resultó ser mucho menos fácil de lo que hubieran deseado. Contaban con un formidable botín, eso era cierto, pero no les resultaba posible abrir el cofre de los tesoros debido a la carencia en el monasterio de un suministro eléctrico adecuado. Sí, contaban con un pequeño generador de construcción artesanal que satisfacía ciertas necesidades de la comunidad tales como el molino de cereal o el alumbrado de la iglesia, pero éste resultaba completamente insuficiente para los requerimientos del sofisticado equipo. Los antiguos técnicos sabían perfectamente cómo se podía subsanar el problema, pero desgraciadamente para ellos carecían de los medios necesarios para resolverlo.

Pasaron varios años antes de que pudieran acceder a la información almacenada en los ordenadores, años de ímprobos trabajos luchando contra las limitaciones de una tecnología colapsada que resultaba incapaz de mantener los escasos vestigios salvados de la gran catástrofe. Por fin, el tesón de los perseverantes monjes rindió sus frutos llegando el ansiado día en el que el primer ordenador pudo ser conectado gracias a la ingeniosa instalación montada al efecto.

En unas condiciones precarias, casi heroicas, comenzaron los monjes su largamente dilatada tarea, imbuidos por un fervor que tenía bastante de místico. El torrente de información primero les desbordó para finalmente ser controlado, hazaña que sólo sirvió para revelarles un grave problema descubierto poco después de iniciado su trabajo: los ordenadores, lejos de ser eternos como en un principio habían creído, comenzaban a dar muestras de debilidad provocando una pérdida irreparable de datos, todo ello sin la menor posibilidad de sustitución de los mismos. La certeza de que tarde o temprano el colapso acabaría siendo total, movió a los responsables de la comunidad a adoptar una drástica decisión: Puesto que no podían garantizar en modo alguno el funcionamiento indefinido de estos aparatos, optaron por la única manera que conocían de perpetuar la información: Copiarla.

Y se pusieron manos a la obra. En una primera etapa dispusieron de impresoras, pero una vez agotados los repuestos de tinta les resultó imposible seguir las utilizando... Cuando no se rompía la propia impresora, lo cual resultaba todavía peor. Así pues, tuvieron que recurrir a copiar trabajosamente en manuscrito todo aquello que aparecía en las pantallas de los monitores.

Resultaba patético comprobar cómo la más alta tecnología jamás desarrollada en el planeta tenía que ser auxiliada primero, y sustituida después, por una de las más antiguas y primitivas invenciones del hombre... Pero el destino lo había querido así, conduciéndolos a una situación que al mismo tiempo resultaba ser positiva y desalentadora: Para transcribir todos los secretos allí almacenados deberían trabajar sin descanso durante varias generaciones, tal era el volumen de datos acumulado en sus ordenadores. Y así lo hicieron sin la menor vacilación, puesto que tiempo era precisamente lo único que les sobraba.

Cuando el actual bibliotecario ingresó como novicio en el monasterio, eran ya varias las generaciones de monjes que habían pasado por la biblioteca; y, a pesar de todo el tiempo transcurrido desde que iniciaran su labor, todavía les quedaba una cantidad ingente de trabajo por hacer. Lamentablemente, los ordenadores continuaban fallando cada vez más sin que nada pudieran hacer por evitarlo. Ciertamente era que habían aprendido a intercambiar los elementos de almacenamiento de datos -los llamados por los hermanos informáticos "*discos duros*", nadie sabía muy bien por qué- de unos ordenadores a otros, lo que evitaba que la información se perdiera por completo; pero conforme pasaba el tiempo había menos ordenadores en funcionamiento, por lo que el rendimiento de su trabajo se hacía cada vez más y más lento.

Otro inconveniente añadido, y no precisamente baladí, fue el hecho de que a la muerte de los hermanos informáticos no hubo nadie capaz de conservar todos sus conocimientos. Por supuesto que éstos se habían preocupado durante muchos años de formar un nutrido grupo de aprendices que pudieran perpetuar su trabajo una vez que hubieran desaparecido;

pero éstos, carentes de la formación académica de sus maestros, apenas si habían podido asimilar algunos escasos rudimentos de una ciencia que había desaparecido para siempre. Bastante tenían con saber manejar torpemente los ordenadores reflejando en las pantallas los datos que luego los copistas transcribirían a los pergaminos, mientras otros monjes especializados en tareas técnicas luchaban con sus limitados medios para conseguir que los delicados aparatos continuaran operativos algún tiempo más.

Nadie sabía cómo, varias generaciones después algunos ordenadores seguían funcionando mejor o peor... Eran tan sólo tres o cuatro obtenidos a base de ensamblar piezas procedentes del desguace de sus menos afortunados compañeros, pero eran bastantes para que la magna labor del monasterio no se viera interrumpida por completo. Parecía un milagro que hubieran resistido el efecto conjunto del paso del tiempo y el continuo manejo de manos inexpertas; pero funcionaban, y eso era suficiente.

Sin embargo, el anciano bibliotecario sabía que su lucha contra el tiempo estaba perdida de antemano. Los pocos ordenadores que todavía les quedaban no podían durar ya demasiado tiempo, y sin duda fallarían mucho antes de que la información que atesoraban pudiera ser salvada en su totalidad, por lo que muchos inapreciables secretos quedarían de esta manera perdidos para siempre.

Muchas habían sido las veces en la que sintiera impotencia al ver la gran cantidad de conocimientos que sería imposible salvar; mas cuando a continuación dirigía su mirada a las estanterías en las que se alineaban cuidadosamente los abultados tomos que contenían toda la documentación transcrita, se consolaba pensando que al menos su labor no había resultado estéril. Por supuesto que ignoraba, al igual que cualquier otro contemporáneo suyo, la posible utilidad futura de los datos tan cuidadosamente copiados durante generaciones en esos gruesos volúmenes de pergamino, al tiempo que era completamente incapaz de discernir qué parte de lo allí recogido constituiría una importante aportación para las generaciones futuras y cual, por el contrario, era tan sólo una información banal; aunque lo que más le torturaba era, con diferencia, el no poder seleccionar lo más importante de todo aquello que diariamente pasaba ante sus ojos para podérselo dejar en herencia a unas generaciones futuras que sí sabrían aprovechar algo que ahora tan sólo podían preservar sin alcanzar a comprender su significado.

Suspirando una vez más, el anciano se dirigió hacia el reducido rincón de la biblioteca en el que los jóvenes copistas se afanaban ante los escasos monitores que se encontraban en funcionamiento. Un día menos, se dijo, poco podía afectar a la magra herencia de una humanidad que había perdido prácticamente todo. Tras ordenar a sus subordinados que desconectaran los aparatos y se dedicaran a otros menesteres, abandonó la biblioteca para dirigirse a la capilla; deseaba rogar a Dios que le diera fuerzas para resistir hasta el día ya cercano en el que el último ordenador se apagara definitivamente. Una vez llegado este

momento podría ya morir tranquilo con la satisfacción de haber cumplido con su sagrado e irrealizable objetivo.

RÉCORD GUINNESS

El último hombre vivo sobre la Tierra se despertó un día más con el único ánimo de sobrevivir en un mundo del que él era su habitante postrero. Antes de abandonar cansinamente su vivienda, situada en mitad de lo que antaño fuera una populosa ciudad ahora convertida en un triste campo de desolación, echó una ensoñadora mirada al diploma que colgaba en la pared, el cual certificaba oficialmente su condición de récord Guinness; galardón, por cierto, que jamás le podría ser arrebatado por nadie.

LA ÚLTIMA HISTORIA DE AMOR

La última mujer viva sobre la Tierra se sentía eufórica por vez primera -¿cuántos años habían pasado ya?- desde que se desatara la pesadilla que había exterminado a la humanidad, dejándola reducida a un puñado de aterrorizados supervivientes que, en la mayor parte de las ocasiones, habían acabado sumidos en salvajes y fraticidas luchas en lugar de cooperar entre ellos intentando salvar siquiera algunos rescoldos de la extinta civilización.

Ella misma, todavía más amenazada si cabe por razón de su sexo, se había visto obligada a matar con sus propias manos a dos o tres -no recordaba el número exacto- pobres infelices que, embrutecidos hasta perder hasta el último vestigio de humanidad, habían intentado sobrepasarse más de lo tolerable. No obstante, era consciente de que en el fondo eran tan víctimas como ella, como todo el doliente puñado de hambrientos -en todos los sentidos- e involuntarios robinsones que bastante tenían con aferrarse a la vida en un mundo que repentinamente se les había vuelto hostil, y para el cual no se encontraban en modo alguno preparados.

En todos los casos se había tratado de legítima defensa propia, o al menos eso creía, aunque lo cierto era que el pánico le había acabado convirtiendo, como a todos los demás, en poco más que una fiera salvaje capaz a duras penas de razonar y movida únicamente a impulsos de sus instintos más atávicos: comer, matar antes de ser matado y poco más, en un entorno en el que nunca se sabía si se podría volver a contemplar un nuevo amanecer.

Pero eso había ocurrido hacía ya mucho, y pasados los iniciales momentos de pánico lo que deseaba por encima de todo era recobrar la compañía de sus semejantes... gente como ella, ansiosa por rehacer en lo posible su vida huyendo del caos y de la ley de la selva que se habían visto obligados a padecer. Confiaba en que los supervivientes de la cruel ordalía hubieran experimentado idéntica evolución, de modo que una vez dejado atrás el frenesí de la locura colectiva, pudieran reagruparse de forma civilizada y pacífica, rehaciendo los lazos sociales durante tanto tiempo rotos en un intento de recuperar siquiera un atisbo del mundo anterior a la catástrofe, esa catástrofe que se llevó por delante cuanto se interpuso en su camino incluyendo varios milenios de esforzada civilización. Al fin y al cabo eran personas, no animales.

Y por encima de todo, deseaba encontrar un compañero al que poder amar y con el que poder olvidar tan tenebroso episodio de su vida.

Por desgracia, la fortuna se le había mostrado tanto más esquiva cuanto mayor era su ansiedad, ya que los cada vez más escasos supervivientes -los años de penurias habían

causado auténticos estragos- o estaban embrutecidos de forma irreversible, o se encontraban fuera por completo de su limitado alcance.

Hasta que un día, cuando ya había perdido toda esperanza, logró encontrar de forma fortuita al que quizá fuera, excluyendo esos despojos que poco o nada tenían ya de humanos, el último hombre vivo sobre la Tierra. Era relativamente joven, la chispa de la inteligencia brillaba en su inquieta mirada y también estaba necesitado de compañía y ayuda. Así pues, tras los inevitables recelos iniciales acabarían por congeniar.

Durante algún tiempo su relación fue de camaradería, pura solidaridad entre dos almas solitarias milagrosamente salvadas del naufragio que se había llevado consigo, en cuerpo o en alma, al resto de sus congéneres. Pero llegó un momento en el que ella comenzó a sentir en su seno un impulso que ya creía olvidado. Y a partir de entonces, comenzó a mirar a su compañero con otros ojos.

Él, a diferencia de sus anteriores y traumáticas experiencias, la había respetado escrupulosamente, siempre atento, siempre cariñoso pero nunca brutal. Ella, tras verse libre del temor de ser arrastrada por el más brutal de los instintos, intentó encauzar su relación por las vías de un romanticismo a todas luces trasnochado, pero quizá todavía útil en tan inhóspitas circunstancias. Y de este modo, casi sin esfuerzo, logró pasar del deseo al amor.

Él, sin embargo, se seguía mostrando esquivo. Ella intentó convencerle entonces de la responsabilidad de perpetuar la especie que había recaído sobre ambos, en un heroico intento por evitar que la larga y fecunda herencia de la estirpe humana se viera obligada a bajar el telón por postrera vez una vez que ellos dos, los últimos e involuntarios actores del gran drama de la historia, hicieran mutis por el foro de forma definitiva.

Pero a pesar de la insistencia de ella, él seguía negándose a aceptar lo inevitable esgrimiendo para ello excusas de todo tipo, de las cuales el hecho de legar a sus hijos un mundo tan similar al infierno bíblico era, si no la única, sí la principal. Ella se armó de paciencia, desplegó todas sus olvidadas artes de seducción y, una vez convencida de que su estrategia no daba resultado, intentó convencerlo con argumentos plausibles, no en vano en los viejos tiempos la habían considerado una intelectual. Entendía que no la encontrara demasiado atractiva ni, quizá, tampoco demasiado joven, pero él también distaba mucho de asemejarse a su ideal de Príncipe Azul... amén de que, en las condiciones en que se encontraban, tampoco se podían permitir el lujo de ser demasiado exigentes.

Ante su hosco silencio, ella acabaría por exigirle explicaciones sobre su tenaz negativa, conminándole de forma perentoria a romper su mutismo. Y él finalmente habló, por vez primera y probablemente última:

-Yo... -logró tartamudear al fin, apenas con un hilo de voz- es que yo soy gay.

POSTERIDAD

Belisario Rodríguez era un escritor aficionado, uno de tantos que siempre han pululado por los difíciles campos de la literatura sin conseguir más reconocimiento -y a veces a regañadientes- que la lectura de sus originales por parte de algunos de sus íntimos. Por supuesto él estaba convencido de que la culpa de que no triunfara en el parnaso literario no era suya, sino de aquellos -en este saco metía a editores, agentes literarios, envidiosos escritores rivales, librereros, concejales de cultura y algún que otro individuo de similar raleaque, incapaces de reconocer su valía o renuentes a hacerlo a causa de la envidia, se habían conjurado para boicotear a su genio.

Pero no importaba. Gracias a internet tenía las puertas abiertas sin necesidad de tener que pasar por las humillantes horcas caudinas de las editoriales... o al menos, eso creía. Se lanzó con entusiasmo a bombardear con sus cuentos a las múltiples páginas alentadas por aficionados que surgieron en la red a principios del nuevo siglo, e incluso llegó a conseguir que le publicaran algunos; por supuesto sin cobrar un solo céntimo, pero eso era lo de menos; él no escribía para comer -aunque no le hubieran venido nada mal unos ingresos extras- sino por la gloria, algo infinitamente más imperecedero aunque no resultara tan nutritivo.

Para su disgusto, pronto descubrió que internet no era ni mucho menos la jauja que él creyera. Sí, sus cuentos estaban ahí a disposición de todo aquél que quisiera leerlos; pero por desgracia, no dejaban de ser una brizna de paja perdida en un inmenso pajar. Así pues intentó presionar a sus editores para que le dieran primacía sobre el resto de los colaboradores, lo que le acabó costando más de una bronca -la diplomacia no era precisamente uno de los fuertes del frustrado escritor- e incluso el borrado fulminante de alguno de sus cuentos, lo que le llevó al convencimiento de que la mafia literaria también extendía sus ominosos tentáculos por la red.

La crisis económica, que causó el cierre de la mayoría de las páginas y revistas electrónicas de ciencia ficción -¿había olvidado decir que Belisario cultivaba exclusivamente este género?- se encargó de rematar a los pocos relatos suyos que lograron sobrevivir a sus tormentosas relaciones sociales. Vuelto a la casilla de partida, Belisario no se arredró lo más mínimo; si la montaña no iba a él, él iría a la montaña.

Rebañando en su magra economía compró un dominio y un alojamiento propios y, exprimiendo sus escasos conocimientos de diseño de páginas web, pergeñó mejor o peor una tosca paginita que, no obstante, cumplía perfectamente con su misión de albergar la totalidad de sus relatos, los cuales por fortuna para él, al tratarse de sólo texto y estar

convertidos al formato pdf, ocupaban relativamente poco espacio, pudiendo caber todos ellos en la memoria que tenía contratada.

Puesto que el servidor le mandaba puntualmente información estadística sobre las visitas a la página, Belisario se dedicó a seguirla con todo detenimiento, en el convencimiento de que en poco tiempo éstas se dispararían haciendo de él un escritor conocido.

Por supuesto, esto no ocurrió. Y cuando, frustrado por las magras cifras, escribió indignado al departamento de atención al cliente protestando por la escasa calidad del sistema, sus responsables se limitaron a responderle que se trataba de un servicio contratado a una prestigiosa empresa internacional que se cedía de forma gratuita a los clientes, por lo que ellos no eran en modo alguno responsables de la metodología utilizada aunque no dudaban de su fiabilidad. No obstante, si no estaba conforme podía rescindir el contrato en las condiciones que venían contempladas en el apartado tal, etc., etc., etc.

Pese a su profundo enfado Belisario no lo hizo, por si acaso. Pero sí se dedicó entonces a buscar por internet posibles alternativas estadísticas ajenas a su servidor; pero tras probar con varias diferentes, lo único que consiguió fue un bombardeo de spam y cifras aún más ridículas de visitas. Así pues, convencido una vez más de la ingratitud del mundo, acabó resignándose a su *aurea mediocritas*, o a lo que él tenía por tal.

Pasó entonces a una segunda fase que le permitiera autojustificarse. Como es sabido, muchos grandes creadores tuvieron la desgracia de ser unos adelantados a su tiempo siendo, por lo tanto, unos incomprendidos para sus contemporáneos. Estos precursores no consiguieron triunfar en vida -son conocidos, entre muchos otros, los casos de Franz Kafka o Vincent van Gogh- y con frecuencia arrastraron una existencia desgarrada, lo que no impidió que, con posterioridad a su muerte, acabaran alcanzando finalmente la gloria que se merecían.

A Bonifacio el rotundo refrán castellano que afirma rudamente aquello de *A burro muerto, la cebada al rabo* le dejaba completamente frío. Aunque desde un punto de vista religioso se le podía calificar de indiferente contumaz, por lo que no esperaba encontrarse con nada sobrenatural una vez hecho mutis por el foro en el teatro de la vida, irse de este mundo si no con la certeza, porque eso era imposible, sí con la esperanza de que, tarde o temprano, su obra literaria sería reconocida, bastaba para mantener vivo su entusiasmo.

Así pues, decidió adoptar las medidas necesarias para preservar su legado, en lo cual tropezó con varios inconvenientes. Puesto que carecía de familia -con sus pocos parientes lejanos ni siquiera se hablaba desde hacía años-, no podía contar con encomendar la custodia de sus obras a ningún heredero. Y por supuesto, en el momento en el que dejara de pagar las cuotas del alojamiento su presencia en la red se disolvería como un azucarillo en

agua. En cuanto a la opción de los almacenamientos *en la nube*, tan fomentada entonces por las grandes compañías tecnológicas vete a saber con qué fines ocultos tras tan sospechosa generosidad, ni siquiera se la llegó a plantear, ya que era sabido que éstas podían cerrar en cualquier momento el huerto o bien hacer expurgues periódicos de páginas sin actividad, con lo cual tarde o temprano también acabaría quedando fuera.

La solución no era sencilla, y finalmente lo único que se le ocurrió fue recurrir a una cápsula del tiempo, en la que encerraría su preciado tesoro. Adquirirla resultaría fácil, ya que en internet podía encontrar todos los modelos que quisiera, desde las más espantosas horteradas hasta auténticas cajas fuertes blindadas capaces de resistir durante siglos, o al menos eso afirmaban sus fabricantes, las más rudas agresiones de cualquier tipo.

Finalmente compró una del modelo que le pareció más adecuado, procediendo a continuación a preparar su contenido. En un principio había pensado incluir sus relatos impresos en papel, pero amén de que un simple cálculo le hizo comprender que no cabrían en el recipiente, por algún sitio había leído que la tinta de las impresoras se borraba al cabo de un número determinado de años y que el propio papel, a diferencia del antiguo, también se deterioraba con rapidez a causa de su proceso de fabricación.

Por lo tanto, no le quedaba otra opción que la del almacenamiento digital, que tenía además la ventaja de ocupar muy poco espacio. Una vez solventado esto, la siguiente cuestión fue la del soporte. ¿Discos ópticos? ¿Disco duro externo? ¿Memoria USB? Belisario era consciente de la gran volatilidad de los periféricos informáticos, tanto a causa de la omnipresente obsolescencia programada, como por la propia fragilidad de los materiales con que estaban fabricados. Así pues, ¿quién le garantizaba que pasado cierto tiempo sus preciados relatos no quedaran ilegibles?

El dilema no era baladí. Indagando más allá de los meros artículos de divulgación descubrió que se estaban realizando ensayos con varias tecnologías que, al menos desde un plano teórico, garantizarían una preservación indefinida de la información almacenada en su interior. De todas ellas la que más le llamó la atención fue la de la grabación en cristales de cuarzo, con una capacidad de almacenamiento inmensa y, al menos en teoría, prácticamente indestructibles y resistentes al paso del tiempo. La música sonaba bien, pero la letra... porque según todos los indicios, tales cristales tardarían todavía mucho en ser comercializados, si es que llegaban alguna vez a serlo.

La opción no era otra que la de esperar. Al fin y al cabo él era todavía bastante joven, por lo que salvo que se cruzaran en su camino un imprevisible accidente o una enfermedad traicionera, era de suponer que le quedara mucha vida por delante. Y mientras tanto, podría seguir escribiendo. En cuando a la cápsula del tiempo, ésta pasó a formar parte de la caótica decoración de su casa.

Y así continuó durante muchos años en los que Belisario, salvo por el envejecimiento natural, siguió llevando exactamente el mismo tipo de vida. Seguía manteniendo su página web, a la que actualizaba con sus nuevos relatos, pero ya no le importaban en absoluto sus escuálidas estadísticas; todo su afán se centraba en conseguir grabar su *opera magna* en los escurrizos cristales de cuarzo. Éstos hacía ya tiempo que se habían desarrollado y estaban operativos, pero para frustración suya no fueron dedicados al consumo doméstico. ¿Para qué querría alguien un ordenador equipado con un cristal de esos, cuya capacidad de memoria equivalía a la de varios cientos de discos duros convencionales? Sobre todo, teniendo en cuenta lo elevado de su precio.

Por esta razón los cristales de memoria fueron dedicados a otras utilidades más profesionales sin que llegaran a ser comercializados como productos de gran consumo. Ciertamente se podían comprar si así se deseaba, pero resultaban prohibitivos para una economía tan modesta como la suya, sobre todo teniendo en cuenta su obsesión por la redundancia.

Así que siguió esperando. Con el tiempo los cristales de memoria se desarrollaron y se abarataron relativamente, pero siguieron siendo una innovación tecnológica pensada para usos de alta tecnología, por lo que seguían estando fuera del alcance de Belisario.

Hasta que sonó la flauta. Uno de sus contactos, que trabajaba en la empresa que importaba para España los cristales fabricados en China, le comunicó que disponía de un lote no apto para la venta del cual le podría proporcionar algunos cristales a un precio asequible. Según le explicó estos cristales no habían pasado los controles de calidad y habían sido retirados con objeto de destruirlos, pero alguien -probablemente su mismo contacto- los había sustraído con intención de venderlos bajo cuerda. Los cristales funcionaban perfectamente, su único problema consistía en que tenían parte de su capacidad de almacenamiento mermada. Pero dado que ésta era inmensa, quedaba suficiente espacio libre para almacenar en cada uno de ellos, incluso en el más dañado, el equivalente a varias bibliotecas completas.

Por supuesto los posibles interesados en estos artilugios eran, en su gran mayoría, *frikis* de la informática que deseaban trastear con una tecnología todavía poco conocida por el gran público; pero Belisario vio el cielo abierto al comprobar que le era posible comprar una cantidad razonable sin necesidad de empeñarse. En total, y tras múltiples regateos, fueron trescientos cristales los que pasaron a su poder. Parecía mentira, se decía cuando los tuvo entre sus manos, que un disco transparente de la forma y el tamaño de una moneda pudiera tener esa increíble capacidad de almacenamiento de datos; pero al fin y al cabo hasta los obsoletos ordenadores de los años ochenta habrían causado la misma sorpresa tan sólo unas pocas décadas antes.

Tan sólo quedaba ya grabarlos. Los grabadores-reproductores eran, como cabía suponer, igualmente caros, por lo que negoció con su proveedor el préstamo o alquiler de uno de ellos. Al fin y al cabo tan sólo lo iba a necesitar una vez, al menos para el grueso de su producción, y el proceso era rápido aun cuando se tratara de una cantidad de cristales relativamente elevada.

Tuvo suerte, y tan sólo por un relativamente módico sobreprecio su proveedor le citó en su casa para proceder al grabado. Todo movía a pensar que debía haber *despistado* temporalmente la máquina de su lugar de trabajo aprovechando su condición de vigilante nocturno, pero eso era algo que a Belisario no le importaba en absoluto.

Una vez en la guarida del vigilante, y yéndosele la vista tras el tosco grabador - básicamente un paralelepípedo de plástico negro conectado a un ordenador mediante un cable USB-, Belisario comenzó a sacar de la cartera su tesoro, los trescientos cristales de memoria cada uno de los cuales venía cuidadosamente embalado dentro de una cajita acolchada en todo similar a las de las joyerías. Porque joyas eran, al menos para él, infinitamente más valiosas que si se hubiera tratado de diamantes o esmeraldas.

Su anfitrión no compartía su entusiasmo sino, muy al contrario, se mostraba huraño ante el temor de que el *préstamo* fuera descubierto antes de que tuviera ocasión de restituirlo. No era fácil puesto que él lo había sacado del almacén evitando coger los de uso cotidiano, pero nunca se sabía...

La grabación fue rápida. El aparato disponía de un carril en el que se insertaba un peine con veinte alvéolos en los que se colocaban otros tantos cristales, ordenados conforme a un sistema de muescas que impedían que quedaran rotados o dados la vuelta. Luego los iba cargando uno por uno, grababa la información correspondiente -que Belisario había llevado en un disco duro externo- y pasaba al siguiente. Cuando se gastaban los veinte de un peine se cambiaba éste por otro y vuelta a empezar. De esta manera, tras treinta sesiones cada una de ellas de unos diez minutos de duración, el legado de Belisario quedó listo para pasar a formar parte de la eternidad. Tan sólo hubo problemas con dos o tres cristales, al parecer demasiado dañados, o dañados en zonas claves, a los que no fue posible grabar, lo cual se solventó con otros tres con los que los reemplazó el proveedor, ni sin antes mantener previamente una agria discusión con su cliente al pretender cobrárselos de nuevo.

Anocheecía cuando, casi seis horas más tarde, Belisario retornaba a su domicilio estrechando fuertemente entre los brazos la cartera en la que custodiaba su tesoro, temeroso de que cualquiera de los cansados y apáticos viajeros que compartían con él el vagón del metro pudiera ser un ladrón en potencia.

El siguiente paso consistía en introducirlos en la cápsula del tiempo. En teoría con un único cristal hubiera bastado, ya que en todos y cada uno de ellos se repetía la misma información: sus obras completas junto con una breve introducción en la que explicaba los motivos de la iniciativa. Pero como nadie sabía lo que podría deparar el futuro, había optado por esa enorme redundancia -los datos estaban repetidos trescientas veces- de modo que, con que tan sólo un único cristal de cada lote pudiera llegar intacto a sus lejanos destinatarios, se pudiera perpetuar su legado. Al fin y al cabo, se decía, muchísima documentación antigua, empezando por las maravillas que albergara la Biblioteca de Alejandría, se había perdido a causa de diferentes desastres, naturales o provocados por el hombre, algo que no hubiera sucedido de disponerse de suficientes copias. Y por supuesto, Belisario no quería que a él le sucediera lo mismo.

Por esta razón colocó los trescientos cristales de memoria en el interior de la cápsula del tiempo. Pero todavía no la enterró, ya que tenía la pretensión de actualizarla periódicamente -los cristales de memoria eran regrabables- con los nuevos relatos que fuera escribiendo, cosa que pudo hacer cada vez con mayor facilidad conforme esta tecnología se fue abaratando. Llegó, incluso, a comprarse un grabador en los últimos años de su vida.

Belisario ya había llevado adelante la casi totalidad de su plan; tan sólo faltaba cerrar definitivamente la cápsula y encerrarla en su escondrijo, el cual tenía ya preparado desde hacía tiempo: una especie de pequeño sarcófago de hormigón armado, forrado interiormente de plomo, que enterró a dos metros de profundidad en un rincón del patio de su casa, al pie de unos bucólicos rosales. Pero esto último no lo llevaría a cabo hasta el último momento, no fuera a ser que se le ocurriera con posterioridad alguna obra maestra y no pudiera incluirla a las demás; porque cuando el sarcófago quedara cerrado y sellado, hasta a él le resultaría difícil abrirlo sin destrozarlo.

Durante sus últimos años de vida una duda le carcomió con frecuencia. ¿Qué ocurriría si, una vez descubierta su cápsula en un futuro lejano, a sus descubridores les resultaba imposible descifrar su contenido? El problema era doble, no sólo lingüístico -era ingenuo suponer que el idioma no evolucionara con el tiempo hasta convertirse en algo completamente inteligible- sino también tecnológico; si en el plazo de unas pocas décadas Belisario había sido testigo de la obsolescencia implacable de varias generaciones de material informático en sus dos vertientes, tanto los equipos como los programas, ¿cómo podría tener una mínima seguridad de que sus preciados cristales de memoria no acabaran siendo sino el fruto ilegible de una tecnología olvidada?

Contra ello nada podía hacer, y a la postre confiaba en que los científicos del futuro fueran capaces de desentrañar el presente. Al fin y al cabo, con tan sólo el auxilio de unas metodologías rudimentarias, aunque no por ello menos ingeniosas, ya en el siglo XIX se habían logrado descifrar alfabetos tan extraños y completamente olvidados tales como el

jeroglífico egipcio o el cuneiforme mesopotámico, en ambos casos sin poder contar con la ayuda no ya de un equipo informático, sino ni tan siquiera de una simple calculadora.

Así pues convenía confiar en la capacidad de las gentes del futuro, indudablemente superiores cultural y tecnológicamente a sus contemporáneos.

Cuando Belisario Rodríguez falleció, con la cápsula del tiempo enterrada en el sarcófago por sus propias manos, lo hizo feliz.

* * *

Ñwei era el mejor cazador de su tribu. Aunque todavía era demasiado joven no ya para retar al jefe, sino incluso para ganarse su derecho a hacerlo peleando previamente contra los demás pretendientes, tenía la certeza de que tarde o temprano le llegaría su hora. Mientras tanto, libre de las preocupaciones de los guerreros mayores, siempre enzarzados entre ellos en disputas por las mejores piezas o por las mejores mujeres, él se dedicaba a fortalecer su cuerpo al tiempo que cultivaba la astucia, habilidad ésta sumamente útil en los tiempos que corrían.

El territorio que la tribu de Ñwei recorría a lo largo del año siguiendo la pauta del ciclo estacional era lo que los geólogos del siglo XXI habrían calificado como clima semiárido. En realidad, aunque esto Ñwei no tenía modo alguno de saberlo, gran parte del planeta, incluso las antiguas regiones ecuatoriales, presentaba un clima similar... salvo aquellas zonas desérticas frente a las cuales el antiguo Sahara habría parecido casi un vergel a su lado.

La vida era difícil en los tiempos de Ñwei, y de la otrora pujante humanidad tan sólo quedaban ahora pequeños grupos nómadas dispersos por todas aquellas regiones a las que todavía les era posible alentar un remedo de vida. Por supuesto no había quedado registrado ningún testimonio de la catástrofe que había arrasado al planeta llevando al hombre no sólo hasta su práctica extinción, sino también borrando de un plumazo milenios de civilización que, a modo de *reset* cultural, había dejado reducidos a los míseros descendientes del otrora orgulloso dominador del planeta a un estado muy similar al de sus remotos antepasados.

Pero claro está, ni Ñwei ni ninguno de sus contemporáneos eran mínimamente conscientes de ello. Con sobrevivir un día más, siempre luchando contra el hostil entorno, tenían ya más que suficiente.

Esa mañana Ñwei había salido a cazar. Los exploradores habían avistado las huellas de un jabalí y, si pudiera apresarlo, la tribu entera podría hartarse de carne durante varios días al tiempo que él vería acrecentado su prestigio. Pero, claro está, se trataba de una presa sumamente esquiva, e incluso peligrosa en caso de tratarse de un gran macho. Pero Ñwei no tenía miedo, y había rechazado la ayuda ofrecida por otros guerreros. Quería cazarlo él solo y alzarse con toda la gloria del triunfo.

El rastro del animal se internaba en una de aquellas zonas salpicadas de montículos y de restos informes que jalonaban periódicamente el territorio de su tribu. Aunque Ñwei no lo sabía se trataba de las ruinas de una de las antiguas ciudades de nombre olvidado, brutalmente aradas por la erosión secular. Éstas eran la principal fuente del hierro con el que los nativos construían sus toscas armas, aunque al desconocer la técnica del forjado se limitaban a seleccionar los fragmentos que mejor se adaptaban a sus necesidades, golpeándolos si era necesario con piedras para moldear sus bordes cortantes. Ciertamente se oxidaban con rapidez incluso en un clima tan seco como éste y pronto dejaban de ser útiles, pero nunca había habido dificultades para reemplazarlos por nuevos fragmentos afilados.

Ñwei no creía en las historias que relataban los chamanes acerca de que en las tierras malas -así denominaban a las ruinas- moraban espíritus malignos; eso podría estar bien para asustar a las viejas o a los rapaces, pero no a un guerrero orgulloso como él. Además, se había internado infinidad de veces en ellas y jamás había tenido mayores percances que algún que otro encuentro con serpientes venenosas o con chacales.

De repente se dio cuenta de que había perdido de vista a su perro... o lo que fuera aquel lejano descendiente de los antiguos cánidos domésticos después de tantas generaciones perrunas marcadas por la *desdomesticación*. Tras buscarlo con la mirada lo descubrió, a unos centenares de metros de distancia -para él varias *lanzas*-, excavando con frenesí bajo un pequeño montículo cuya base había sido descarnada por el pequeño torrente cuyo reseco cauce discurría a sus pies.

Intrigado se acercó a él y tras apartarlo, lo que le valió un amenazador gruñido castigado con un fuerte golpe del astil de la lanza en el hocico, pudo comprobar qué era lo que había llamado la atención del animal. Él esperaba haberse encontrado con la boca de una madriguera, quizá de conejo quizá de tejón, tanto daba puesto que ambos eran igualmente comestibles, pero lo que vio fue una superficie dura, de color grisáceo, que sobresalía del hoyo excavado en la tierra por el perro.

Ñwei no tenía ni la menor idea de lo que pudiera ser aquello, pero poseedor de una curiosidad innata muy superior a la de sus congéneres, decidió averiguarlo pese a tener el convencimiento de que no podía tratarse de comida. Así pues se dispuso a continuar la tarea iniciada por el perro; el jabalí podría esperar, tenía localizado su rastro y con el día

más avanzado sería más fácil atraparlo, puesto que se encontraría adormilado por el sofocante calor.

Aunque carecía de herramientas adecuadas, disponiendo tan sólo de la lanza, de un cuchillo que se partió a las primeras de cambio y de sus propias manos, no tardó mucho en desenterrar lo que resultó ser un objeto de forma aproximadamente cúbica y de alrededor de medio metro de arista, aunque Ñwei lo midió mentalmente en pies. Descubrió que no se trataba de una roca de aspecto extraño ya que al golpearlo con la contera demostró estar hueco, pero sin embargo le resultó imposible encontrar el menor vestigio de una posible apertura. Ñwei, evidentemente, desconocía la existencia del hormigón.

Pero no le faltaba inteligencia. Presumiendo que dentro pudiera haber algo de interés, comenzó a golpearlo primero con la contera de la lanza y posteriormente, al no haber obtenido resultados, con gruesas piedras recogidas del entorno. Ñwei tenía bastante fuerza, y además se dio la circunstancia de que el hormigón estaba muy envejecido a causa del paso del tiempo, razón por la que descubrió que éste comenzaba a agrietarse. Redoblando sus esfuerzos vio con satisfacción que la superficie superior se fragmentaba en varios pedazos, lo que le permitió retirarlos descubriendo una segunda capa de algo que parecía metálico pero que, a diferencia del hierro de sus armas, resultó ser extremadamente blando. Ñwei tampoco sabía lo que era el plomo.

Cortar la capa interior de plomo le resultó bastante más fácil, ya que le bastó con utilizar la punta de la lanza. Lo retiró, sorprendiéndose de su pesadez, y dentro descubrió por fin el objeto que ocupaba el interior del nicho: una caja de hierro, o de algo que se le parecía bastante, herméticamente cerrada.

Ñwei la sacó de la cripta y la sopesó sosteniéndola con las dos manos. No era demasiado grande -aproximadamente un pie de lado- y tenía todos los indicios de estar asimismo hueca, puesto que no pesaba demasiado. Además al agitarla le pareció oír cierto ruido en su interior, lo que indicaba que no estaba vacía. Tras escudriñar todas sus caras en busca de un posible sistema de apertura, decidió renunciar a su anterior método. Llamó al perro, que mientras tanto se había entretenido en cazar y devorar una rata tal como denunciaba su hocico sanguinolento, y cogiendo su trofeo bajo el brazo emprendió el camino de regreso hasta el campamento de la tribu, donde podría manipular su trofeo con mayor comodidad. Tiempo habría para rastrear al jabalí, y a él le tenía intrigado tan insólito hallazgo. Era probable que alguno de los guerreros le reprochara su falta de interés por la caza, pero ya sabría responderle convenientemente; habría más jabalíes, pero era probable que no volviera a encontrar otra caja.

Pasaron varios días hasta que Ñwei, que mientras tanto había conseguido cazar al jabalí acallando así cualquier tipo de críticas a su, para muchos de sus compañeros, insólito comportamiento, pudiera abrir la antigua cápsula del tiempo, gracias a una mezcla de

fuerza e ingenio insólita por aquellos pagos. Para entonces ya había logrado concitar el interés de parte de los miembros de la tribu, y si bien los guerreros mostraban desdeñosamente su desinterés y las mujeres se limitaban a realizar sus tareas habituales, en el momento en el que cedió la vieja cerradura se encontraba rodeado por el jefe, el chamán y varios ancianos, además de la inevitable y bulliciosa rapacería.

Ansioso alzó la tapa con el chirriante quejido de las bloqueadas bisagras, encontrándose en su interior con las trescientas cajitas cuidadosamente apiladas en las que se conservaban los cristales de memoria de quien en vida fuera Belisario Rodríguez, convertido en polvo desde hacía milenios. Ñwei no tuvo dificultad en abrir las cajitas - aunque destrozó irremediamente varias de ellas antes de dar con el sencillo mecanismo de solapa- encontrando en su interior los rutilantes cristales de cuarzo que constituían la preciada memoria de la obra literaria del difunto autor, y que motivaron el asombro de todos sus compañeros incluyendo a los reticentes guerreros.

Huelga decir que en la Tierra del futuro no existía la menor posibilidad de leer el contenido de los cristales, amén de que hacía incontables generaciones que se había perdido de forma irreversible el arte de la escritura; pero los miembros de la tribu de Ñwei supieron sacarle partido a tan fascinantes objetos, que convirtieron en preciadas joyas para ornato de sus cuerpos. Como tales perdurarían durante generaciones hasta que las pérdidas accidentales, los intercambios con otras tribus, los robos o los enterramientos de guerreros ilustres fueron menguando poco a poco su número, de modo que pasados muchos años desde los solemnes rituales funerarios de Ñwei, fallecido a edad avanzada -alrededor de unos cuarenta años- tras ostentar durante mucho tiempo la jefatura de su tribu, los cristales de memoria acabarían cayendo definitivamente en el olvido.

En cualquier caso, lo que no se le puede negar en modo alguno al desaparecido Belisario Rodríguez es que su obra literaria fue con creces la última en desaparecer de la memoria del planeta, por más que su última etapa no resultara todo lo brillante que a él le hubiera gustado. Pero nada es perfecto.